

Elias Crespin. Continuum

Las galaxias giran alrededor de su centro y se desplazan por el espacio-tiempo. Los humanos circulan sin cesar por territorios y corrientes oceánicas a través del planeta. En un cuerpo las neuronas crean sinapsis, el aire va y viene, la sangre fluye y el corazón late rítmicamente. Los virus, bacterias, insectos y animales deambulan por el ambiente. La luz viaja a 299.792,458 metros por segundo. Las palabras, como los átomos, jamás se detienen. La danza cósmica del dios Shiva (Nataraja), crea y destruye el universo. El movimiento continuo de todo lo que existe es una condición de la vida.

La obra de Elias Crespin pertenece a esa indetenible movilidad de la existencia. Es cónsona con la actividad de los astros en el macrocosmos y la indeterminación de las partículas subatómicas. Con la velocidad de los grandes datos y la lentitud de nuestro pensamiento. Está hecha de energía física, algoritmos y oscilaciones del alma. Existe en lo visible e invisible a la vez. Sus estructuras y sistemas integran tiempos y geometrías. Las piezas generan espacios posibles e instantes fugaces. Con cada variación coreográfica abren nuevas situaciones. También, diversos estados sensibles y espirituales.

Lo cinético en el trabajo de este maestro venezolano no es un efecto, tampoco una cualidad expresiva. En realidad, debe apreciarse como la manifestación de una certeza: todo lo que es, está vivo y en movimiento. Para decirlo con He-

ráclito, cada pieza responde a una “inteligencia que guía todas las cosas a través de todas”. En su conjunto, reiteran lo que el astrofísico David Bohm afirmó sobre la realidad: “Lo que existe es el proceso mismo de llegar a ser”. De ahí que “Todo interpenetra en todo”.

En Plano flexionante Mousikê, Circular Inception o Triángulos seriados, entre otras, hay una labor hecha sobre la espesa materia de la existencia. Es decir, una actividad que produce metáforas de la vida, signos alusivos a nuestra propia condición humana, huellas del pasado y el futuro, ciclos de cambios constantes y estados de recogimiento. En ellas, tomando las palabras de Fernando Pessoa, “Toda la energía es la misma y toda la naturaleza es lo mismo”. Cuando ingresamos a su espacio percibimos un cambio de velocidad. Eso nos hace sentir su influjo dentro de nosotros, como si fuese una respiración larga y serena en la meditación. Hay algo místico y vital en ellas, pues al verlas pasar de un estado a otro adquirimos una mayor conciencia de estar ahí, plenamente presentes.

Cuando esas formas geométricas cambian de disposición ocurren situaciones estéticas, técnicas y vitales. Sus ciclos fluyen, al igual que la repetición de las palabras sagradas en un mantra. En esos movimientos podemos ver a los planetas en órbita alrededor del Sol, las danzas de los deriches voladores o escuchar el canto insistente de los pájaros. Su movimiento describe un

GALERÍA
DE PAPEL

tiempo en espiral, un eterno retorno: al volver al inicio ya están en otro lado, en un punto distinto, en otra situación. Como el río de Heráclito donde no logramos bañarnos dos veces porque “Todo se mueve y nada permanece”.

ADN

Para científicos y filósofos de distintas épocas el universo es matemático o se modela matemáticamente. Los pitagóricos afirmaban que estaba compuesto por números. “El número gobierna el universo”, expresaba el mismo Pitágoras. Max Tegmark, astrofísico del MIT, en sus estudios sostiene que “la realidad última es puramente matemática”. Ambas ideas están en armonía con el trabajo de Crespín, pues sus obras emergen del cálculo y se hacen partes constituyentes del cosmos.

El desplazamiento de las piezas por el espacio está definido por fórmulas, calculadas a través de algoritmos que diseñan el comportamiento de los elementos geométricos. La danza de los círculos, triángulos, líneas o cuadrados es meditada por el artista y modelada matemáticamente a través de un programa en el ordenador. Este calcula las instrucciones que manda a los motores para que se materialice el *performance*.

La correspondencia de estas obras electrocinéticas con la estructura de la realidad física y nuestra condición espiritual excede lo meramente metafórico. La razón es esa esencia matemática de su ADN. La cual, además de sostener el proceso creativo, les permitiría existir en soportes futuros.

Ellas serán meditadas por almas aún inexistentes, restauradas con materiales quizá desconocidos e interpretadas de formas imposibles de vislumbrar. Aquí el arte, entonces, está más allá de los materiales y sistemas tecnológicos del presente. También de los conceptos y explicaciones. Hay que seguirlo en el flujo de lo intuitivo por el artista. Rastrearlo a través de algoritmos y cálculos. Sopesarlo en la misteriosa liviandad de las figuras flotantes. Es ahí donde lo estético se manifiesta y expone relaciones visibles e invisibles, presentes y futuras.

LA DANZA ELECTRÓNICA

En el trabajo del artista, la energía del pensamiento y la energía del medio ambiente están imbricadas, forman una compleja trama de correspondencias científicas, aritméticas, sociales, poéticas y espirituales. Las hebras de semejante



tejido fueron hiladas siguiendo métodos propios de la informática y la electrónica. Sin embargo, esta labor no circunscribe sus límites a la programación, diseño y manufactura de los circuitos. El soporte técnico, la computación y los sutiles mecanismos que permiten el movimiento de las piezas cumplen una función más noble: materializan el impulso creativo, exhiben el ADN matemático en un contexto físico.

Motores paso a paso, *software* personalizado, circuitos impresos, microcontroladores: todo está presente, pero nada aparece en escena. En la suma de esos elementos –precisos, limitados, estructurados– la obra despliega equilibradamente su danza. Los límites físicos que el sistema sugiere están vinculados a la *performance* diseñada previamente.

Los motores, determinados por su diseño, tienen una mínima unidad de movimiento, los hilos deben mantener una tensión y hay una velocidad del desplazamiento de las figuras, entre otros factores. Asimismo, el espacio donde están ubicadas tiene unas condiciones, una naturaleza y su propia tecnología asociada. Hay una memoria del lugar, la cual puede ser muy antigua como ocurre en el Museo del Louvre o en la Casa de la Hacienda La Trinidad. Los cuerpos de los espectadores tienen hábitos, dimensiones, tempera-

tura, estremecimientos emocionales y la cultura los atraviesa.

La danza electrónica, aunque sumida en toda esa complejidad, es un sereno equilibrio, un gesto estético y una evidencia de lo pensado. Similar a un funámbulo suspendido en el espacio, la obra vincula dimensiones humanas y no humanas. Sigue el flujo de la existencia y nos señala otros modos de existir.

Elias Crespin no fabrica objetos técnicos. Su obra no es tecnológica. No hace de la tecnología un tema, un fin o un ámbito de reflexión. Mecanismos, circuitos, cables y computadoras son absolutamente invisibles en la puesta en escena, están ocultos a la vista. Él crea sistemas cinéticos, modos de reconfigurar el tiempo y el espacio. Sus proyectos son enigmáticos, pues detrás de la delicada exactitud está vibrando el misterio de la existencia. En toda su propuesta hay un llamado al silencio y al asombro, hay paz y temblor, meditación y estremecimiento. A experimentar los enigmas de nuestras propias incertidumbres.

Humberto Valdivieso

